

“Caminando hacia una conciencia global, ecológica y solidaria, vivimos la misión como discípulos de Jesús en un mundo en cambio”

Icono bíblico: La samaritana (Jn 4, 1-43)



El mundo que nos rodea está en continua evolución y cambio. No solo la naturaleza y el cosmos, sino los espacios sociales, culturales, políticos y económicos. Este dinamismo es parte esencial de la vida, pero nunca como en los dos últimos siglos los cambios han sido tan rápidos y significativos. Esta realidad desafía nuestro modo de pensar y actuar porque estamos más acostumbradas a introducir la novedad de forma procesual en nuestra vida, que a pensar que sea el cambio el proceso natural que dinamice nuestro caminar cotidiano.

El evangelio de Juan, antes de narrar el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, informa de que Jesús había abandonado el territorio de Judea y se volvía a Galilea debido a la incompreensión que había experimentado por parte de quienes se aferraban a las cosas tal como habían sido siempre y no querían abrirse a la novedad que él proclamaba (Jn 3, 22-4, 3). Por eso, para seguir posibilitando que su mensaje siga siendo Buena Noticia para todas y todos, se pone de nuevo en camino.

Al atravesar la región de Samaria, hizo una parada en Sicar junto al pozo de Jacob donde una mujer de la zona llegó a coger agua (Jn 4, 7). Como judío, Jesús se encuentra en un lugar poco seguro, pues judíos y samaritanos estaban enfrentados por su diversa manera de entender la común religión (Jn 4, 9). El diálogo comienza a partir de una sencilla petición de Jesús: dame de beber, presentándose así ante la mujer sin prejuicios y expresando con sencillez su necesidad (Jn 4,7).

A la mujer le sorprende la osadía de Jesús y se lo hace saber: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (Jn 4, 9). Estas palabras traducen con nitidez los obstáculos que las formas estáticas de pensar y de actuar generan en el encuentro entre los seres humanos y la prevención instintiva que nos produce lo diferente, lo que no responde a lo que consideramos adecuado o válido. Jesús, por su parte, con su sencilla petición le propone “cambiar las reglas del juego” e iniciar un diálogo desde otra perspectiva, con nuevas preguntas y respuestas insospechadas.

Jesús no justifica su atrevimiento, sino que la desafía de nuevo, cuestionándole su modo condicionado de ver a Dios y su incapacidad para ver la novedad que podía surgir en el encuentro: “¿Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice ‘dame de beber’, tú le habrías pedido y te habría dado agua viva!” (Jn 4, 10).

La samaritana tiene dificultad para comprender las palabras de Jesús porque no es capaz de ubicarlas en ningún lugar conocido. Ella solo puede interpretarlas desde su tradición y su cotidianidad: “*Señor, no tienes cubo y el pozo es profundo, ¿de dónde sacas agua viva? ¿Eres, acaso, más poderoso que nuestro padre Jacob, que nos legó este pozo, del que bebían él, sus hijos y sus rebaños?*” (Jn 4, 11-12). Pero el Dios que se revela en Jesús es don, gratuidad, derroche...vida que no se deja atrapar en “los pozos” donde siempre hemos ido a beber, en los que saciamos nuestras preguntas, refrescamos nuestras ideas y conceptos y abrevamos nuestras costumbres y rituales cada día. Jesús cuestiona ese modo de proceder y nos invita a dirigirnos al manantial donde todo fluye y nada se estanca, a ese manantial que “*brotó para producir vida eterna*” (Jn 4, 13-14), porque lo propio de Dios no es la eterna estabilidad sino el continuo dinamismo que nos acoge en nuestras circunstancias, en el crecimiento y el límite, en los avances y retrocesos.

La mujer por fin descubre el valor de la propuesta de Jesús y la desea, pero busca recibirla desde fuera, que sea otro el que se la proporcione: “*Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed y no tenga que venir acá a sacarla*” (Jn 4, 15). Pero Jesús la invita a hacer un camino interior, personal acogiéndola sin prejuicios, sin culpabilidades (Jn 4, 16-18). El dialogo con él la va llevando a encontrarse consigo misma, con sus heridas, con sus miedos, pero también con sus posibilidades y riqueza. Poco a poco va descubriendo en Jesús un horizonte más amplio para su existencia y se atreve a hacerle la pregunta, que le permitirá abrirse a una nueva conciencia no sólo de sí misma sino del Dios que la sustenta: “*Señor, veo que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, pero vosotros decís que el sitio donde hay que adorar está en Jerusalén*” (Jn 4, 19-20).

En su respuesta Jesús le ofrece algo más de lo que ella esperaba, invitándola a buscar a Dios más allá de los espacios acostumbrados, de las fronteras que separan lo sagrado de lo profano. Ella le interroga sobre el lugar adecuado para Dios en la historia y él le propone encontrarlo en “espíritu y verdad” (Jn 4, 21-24), es decir, en el camino de la vida, a través de los procesos de discernimiento, desde una nueva conciencia más holística del mundo y del cosmos.

Las palabras de Jesús, leídas desde nuestro hoy, no solo denuncian la falsedad de una religión centrada en sus propias seguridades, sino que está proponiendo una nueva experiencia religiosa que, sustentada en el dinamismo creador de la Ruah de Dios, nos impulsa a salir de lo conocido para abrirnos a acoger las semillas del Reino que preñan nuestro mundo y nos sostiene para vivir en él como agentes transformadores y corresponsables de su presente y de su futuro.

La samaritana, a través del encuentro con Jesús, descubre lo más auténtico de sí misma y es capaz de conocer a Jesús de forma diferente, creer en él con una fe renovada. Su descubrimiento la dinamiza y le hace abandonar el pozo y su cántaro y regresar a su ciudad, con una mirada nueva y una palabra de anuncio (Jn 4, 28-29).

Hoy, también nosotras, necesitamos dejarnos encontrar y sorprender por Jesús y consentir que lo mejor de nosotras mismas aflore, se recree y así podamos, como la samaritana, abandonar los cántaros de los que siempre hemos bebido y hemos dado de beber, para confiar en el manantial de vida eterna que brota de nuestro interior (Jn 4,14) y que nos capacita para

transitar con esperanza y pasión por caminos todavía intransitados, para comprender y acoger los nuevos espacios de vida y misión que están surgiendo en nuestro mundo.

El encuentro de esta mujer con Jesús la hizo discípula y la experiencia vivida junto a él la empoderó para anunciar y convocar a otras/os a la misión (Jn 4, 39-42). Su diálogo con él la llevó más allá de lo conocido, quebró las fronteras que la encerraban en su debilidad, en sus prejuicios, la sacó de los pequeños muros de su casa y de las veredas gastadas que, hasta aquel momento había transitado, para ponerla en camino e integrarla en una comunidad más amplia, la de las seguidoras y seguidores de Jesús, que estaba llamada a recorrer otros lugares, encarnarse en otras culturas, afrontar nuevos desafíos con nuevas estrategias y ser así agente de transformación por las sendas de la historia.

Como seguidoras de Jesús, nosotras también estamos invitadas como ella, a dejarnos seducir de nuevo por el dinamismo del Reino, a formar parte de comunidades creativas, arriesgadas, proféticas que “desde una conciencia global, ecológica y solidaria” se empeñan en responder a los desafíos de nuestro mundo y a ofrecer una palabra creyente que ayude a otras y otros a descubrir al Dios que sostiene sus vidas.

Carmen Soto